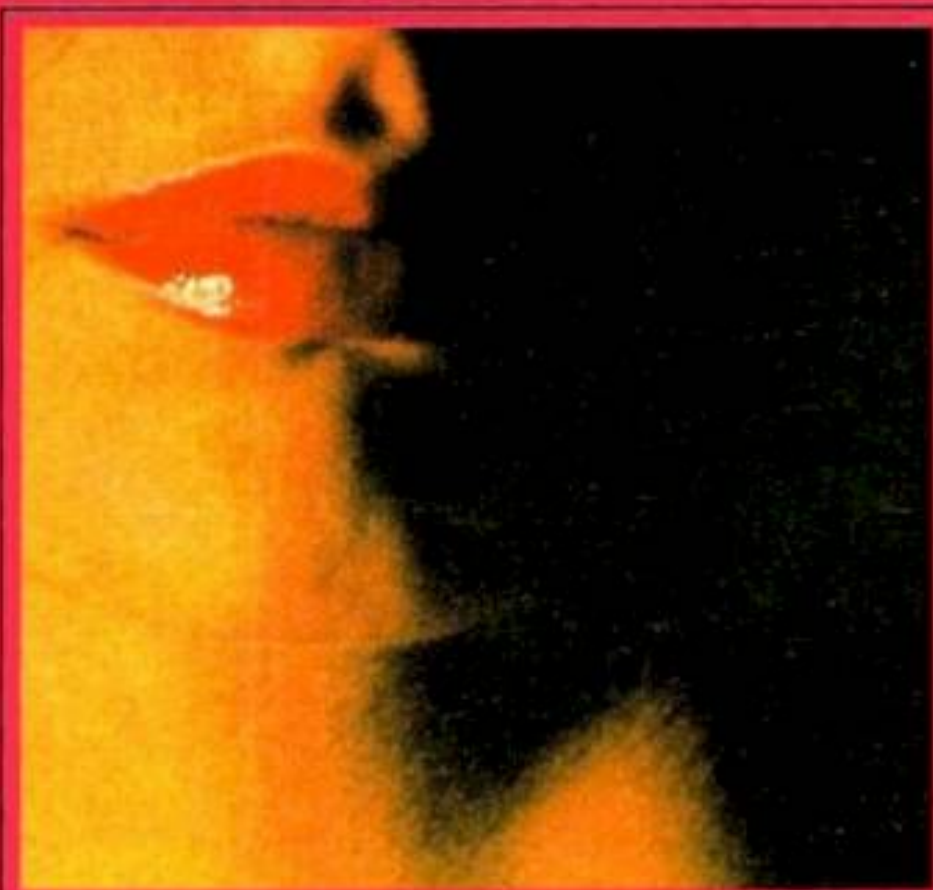


Julian Barnes

Antes de conocernos



Tras quince años de implacable matrimonio con Bárbara, Graham Hendrick, un historiador y profesor universitario, conoce a Ann, se enamora y, después de unos meses de relaciones clandestinas, abandona esposa, hija, coche e hipoteca, y se marcha a vivir con la mujer que le ha hecho recuperar el placer de vivir. Graham se divorciará de la furiosa Bárbara, se casará con Ann, y serán felices para siempre y comerán perdices... Hasta el día aciago en que sorprende a su nueva esposa cometiendo adulterio en la pantalla. Pues Ann no ha nacido, como desearía Graham y desean todos los enamorados, en el instante preciso en que se conocieron. La joven tiene un pasado en el que ha sido actriz, y ha interpretado pequeños papeles en numerosas películas. Y Graham se dedicará a rastrearlas minuciosamente, y a verlas compulsivamente, pues como historiador que es, sabe que el pasado, y sus testimonios, importan. Aunque él, más que en una «investigación histórica», se ha embarcado en un delirio de celos retrospectivos propios de la más desesperada y divertida historia de *amour fou*.

Para Pat

El hombre se encuentra en la difícil situación de que la naturaleza le ha dotado esencialmente de tres cerebros que, aunque tienen estructuras totalmente diferentes, han de funcionar al mismo tiempo y comunicarse entre ellos. El más antiguo de dichos cerebros es básicamente reptil. El segundo ha sido heredado de los mamíferos inferiores, y el tercero proviene del desarrollo de los mamíferos recientes y... ha hecho al hombre distintivamente humano. Hablando alegóricamente de dichos cerebros dentro de un cerebro, podremos suponer que cuando el psiquiatra ordena al paciente tumbarse sobre el sofá, le está pidiendo que se estire junto a un caballo y un cocodrilo.

PAUL D. MACLEAN, *Journal of Nervous and Mental Diseases*,

Il vaut mieux encore être marié qu'être mort.

MOLIÈRE, *Les Fourberies de Scapin*

1. TRES TRAJES Y UN VIOLÍN

La primera vez que Graham Hendrick vio a su mujer cometer adulterio, no le importó en absoluto. Se sorprendió a sí mismo riendo entre dientes. Nunca antes había tenido que tapar la vista a su hija tendiendo una mano protectora.

Por supuesto, Barbara estaba detrás de aquello. Barbara, su primera mujer, en contraposición a Ann, su segunda mujer: la que estaba cometiendo adulterio. Aunque, naturalmente, en aquel momento él no lo consideró adulterio. De forma que no valía la pena decir aquello de *pas devant*. En cualquier caso, estaban en lo que Graham llamó el periodo de miel.

El periodo de miel había comenzado el 22 de abril de 1977 en Repton Gardens, cuando Jack Lupton le presentó a una chica paracaidista. Estaba tomándose la tercera copa de la fiesta. Pero el alcohol no le relajaba: en cuanto Jack le presentó a la chica, algo vibró en su cerebro y automáticamente se le borró su nombre. Cosas que ocurren en las fiestas. Pocos años antes, a modo de experimento, Graham hizo la prueba de repetir el nombre de la persona en el momento en que le daba la mano. Decía «Hola, Rachel» y «Hola, Lyonel» o «Buenas tardes, Marion». Pero los hombres pensaban que era homosexual y le miraban con recelo, mientras que las mujeres preguntaban educadamente si era de Boston o bien un pensador positivista. Graham abandonó esta técnica y siguió pasando vergüenza por culpa de su cerebro.

Aquella noche cálida de abril, apoyado contra la biblioteca de Jack y lejos del alboroto de los fumadores, Graham miraba con cortesía y fijamente a aquella mujer todavía anónima de pelo castaño, bien peinada y con una falda a rayas que a él le parecía de seda.

—Debe ser una vida interesante.

—Sí, lo es.

—Se debe... viajar mucho.

—Sí.

—Para hacer exhibiciones, supongo. —La imaginaba dando vueltas en el aire como una rueda de carreta, con un bote del que salía humo escarlata atado al tobillo.

—Bueno, en realidad eso corresponde a otro departamento —(¿Qué departamento?).

—Debe ser muy peligroso, de todas formas.

—¿A qué se refiere..., a volar? —Sorprendida, Ann pensó en lo frecuente que es que los hombres tengan miedo a los aviones. A ella nunca le dieron miedo.

—No, no es por lo de volar, sino por lo otro. Lo de saltar.

Ann inclinó la cabeza a un lado, como interrogando.

—El salto.

Graham dejó su vaso en una repisa y agitó los brazos arriba y abajo. Ann inclinó un poco más la cabeza. Él agarró el botón central de su chaqueta y le dio un tirón fuerte y militar hacia abajo.

—¡Ah! —dijo él finalmente—. Creí que eras paracaidista.

La parte inferior del rostro de Ann dibujó una sonrisa y después su mirada fue pasando de la compasión escéptica a la diversión.

—Jack dijo que eras paracaidista —repitió, como si la reiteración y la autoridad atribuida lo hicieran más cierto. De hecho, por supuesto, ocurría lo contrario. Era, sin lugar a dudas, otro ejemplo de lo que Jack denominaba «quedarse con el culo al aire de un solo golpe, viejo idiota».

—En ese caso —replicó ella—, tú no eres historiador y no das clase en la Universidad de Londres.

—Dios mío, no —dijo Graham—. ¿Tengo aspecto de catedrático?

—No sé qué aspecto tienen. ¿No son como el resto de la gente?

—No —respondió Graham, bastante enfadado—. Llevan gafas y chaquetas de tweed marrón, tienen joroba, son de naturaleza tacaña y envidiosa y todos usan colonia Old Spice.

Ann se quedó mirándole. Llevaba gafas y chaqueta de pana marrón.

—Me dedico a la cirugía cerebral —dijo él—. Bueno, en realidad, todavía estoy preparándome. Hay que ir practicando por partes, es razonable. Ahora me dedico a los hombros y el cuello.

—Debe ser interesante —dijo ella, no muy segura de hasta qué punto debía desconfiar—. Debe ser difícil —añadió.

—Es difícil —dijo él deslizando las gafas sobre su nariz, moviéndolas a los lados para dejarlas exactamente donde estaban al principio. Era un hombre alto, de rostro alargado y rectangular, con el pelo oscuro erráticamente canoso, como si le hubieran salpicado agitando un bote de pimienta atascado—. También es peligroso.

—Ya lo creo.

No cabía duda de que así era su pelo.

—Lo más peligroso —explicó él— es lo de volar.

Ella sonrió; él sonrió. No sólo era guapa, era también encantadora.

—Me dedico a los negocios —dijo ella—, compro trajes.

—Soy catedrático —dijo él—. Doy clases de historia en la Universidad de Londres.

—Yo soy mago —dijo Jack Lupton entrando al filo de la conversación y metiendo una botella en medio de la misma

—. Yo enseño magia en la Universidad de la Vida. ¿Vino o vino?

—Lárgate, Jack —dijo Graham firmemente. Y Jack se fue.

Mirando atrás, para Graham estaba diáfanoamente claro que en aquel momento su vida estaba encallada. A no ser que el verlo tan diáfanoamente claro fuera un aspecto falaz de su mirada retrospectiva.

Tenía entonces treinta y ocho años de edad, quince años de matrimonio, diez años en el mismo trabajo, en medio de una hipoteca prorrogable. En medio de su vida también, suponía; y presentía que al principio de la cuesta abajo.

Barbara no lo habría visto así, pero él tampoco hubiera podido contárselo de esta manera. Quizá eso era parte del problema.

Por aquel entonces todavía apreciaba a Barbara, aunque realmente nunca la había querido, nunca se había sentido orgulloso o interesado en su relación, al menos en los últimos cinco años. Apreciaba a su hija Alice, aunque para sorpresa suya nunca había despertado profundas emociones en él. Se alegraba cuando sacaba buenas notas en el colegio, pero dudaba si dicha alegría se diferenciaba del alivio de que no las sacase malas: ¿cómo iba a saberlo? También estaba negativamente contento de su profesión, aunque un poco menos contento cada año, pues los estudiantes que examinaba eran cada vez más inexpertos, más irresponsablemente vagos y peor educados.

A lo largo de quince años de matrimonio nunca había engañado a Barbara: porque le parecía mal, pero también, suponía, porque no se vio nunca realmente tentado (cuando sus alumnas más deslumbrantes cruzaban las piernas delante de él respondía poniéndoles trabajos más difíciles para que corrieran la voz de que era una especie de témpano). De igual modo, nunca pensó en dejar su empleo y dudaba que pudiera encontrar en otra parte uno que pu-

diera desempeñar con tanta facilidad. Leía mucho, cuidaba el jardín, hacía crucigramas; protegía sus propiedades. A los treinta y ocho, parecía ya un poco jubilado.

Pero cuando conoció a Ann —no en aquel primer encuentro en Repton Gardens, sino más tarde, una vez que se atrevió a proponerle que salieran juntos—, comenzó a sentir como si de repente se restableciera una línea de comunicación consigo mismo cuando era veinte años más joven. Era otra vez capaz de sentir la fantasía y el idealismo. Sentía también como si su cuerpo volviera a existir de nuevo. Pero esto no sólo significaba que ahora disfrutaba verdaderamente del sexo (aunque también lo significaba), sino que ya no se veía a sí mismo como un cerebro alojado en un contenedor. Durante diez años por lo menos había ido dejando de usar su cuerpo; la localización de todo placer o emoción, que en un tiempo parecía extenderse hasta el mismo borde de la piel, se había retirado a ese pequeño lugar situado en medio de su cabeza. Todo lo que valoraba sucedía entre sus orejas. Cuidaba de su cuerpo, por supuesto, pero con el mismo interés mudo e impasible que demostraba hacia su coche. Ambos elementos tenían que ser lavados y alimentados a intervalos variados; los dos se estropeaban de vez en cuando pero, normalmente, podían ser reparados.

893-8013: ¿De dónde sacó los nervios precisos para hacer esta llamada?

Él sabía cómo hacerlo: engañándose a sí mismo. Una mañana se sentó a su mesa frente a una lista de llamadas pendientes en medio de la cual había dejado el número de *ella*.

Entre arduas discusiones sobre horarios y resignadas expresiones de interés de directores de periódicos conocidos, se encontró de pronto ante el tono de llamada de *ella*. Hacía años que no llamaba a nadie (es decir, a ninguna mujer) para almorzar (bueno, para un almuerzo que no fuera de trabajo). Nunca le había parecido... necesario. Todo lo que

tenía que hacer era identificarse, comprobar que ella se acordaba de él y pedir una cita. Ella aceptó, e incluso dijo sí a la primera fecha que él sugirió. Esto le agradó, y le dio confianza para dejarse puesto el anillo de casado mientras duró el almuerzo. En un momento consideró la posibilidad de quitárselo.

Y las cosas continuaron siendo así de directas. Él o ella preguntaba «¿por qué no vamos a...?»; ella o él respondía «sí» o «no» y la decisión estaba tomada. No aparecían esas especulaciones sobre los motivos ocultos que surgían constantemente durante su matrimonio con Barbara. ¿Verdad que no querías decir eso, Graham? Cuando decías x querías decir y, ¿verdad, Graham? Vivir contigo es como jugar al ajedrez con alguien con dos filas de caballos, Graham. Una tarde, durante su séptimo año de matrimonio, después de una cena sin apenas tensión, cuando Alice se había ido a la cama y se encontraba lo más tranquilo y contento que entonces creía poder estar, le dijo a Barbara, exagerando sólo un poco:

—Estoy muy contento.

Barbara, que estaba limpiando las últimas migas de la mesa del comedor, se volvió y con los guantes de goma húmedos enfundados como los de un cirujano en acción, contestó:

—¿Qué es lo que vas a pedirme?

Hubo otros diálogos similares, antes y después, pero éste se le clavó en la memoria. Quizá porque realmente no intentaba obtener nada. Después de aquello siempre se interrumpía antes de decirle que la quería, o que estaba contento, o que las cosas marchaban bien, y antes ponderaba la pregunta: ¿Habrà algo que Barbara crea que estoy tratando de evadir o alterar si sigo adelante y expreso lo que siento? Si no había nada, seguía adelante y se lo contaba. Pero todo ello eliminaba la espontaneidad.

Espontaneidad, actuación directa, la renovación de la comunicación consigo mismo: Ann le había introducido no

sólo en el Placer (otras muchas podrían haberlo hecho) sino en sus aspectos más intrincados, en los laberintos del gozo; incluso consiguió refrescar su memoria respecto a placeres de otros tiempos. El proceso de esta introducción nunca variaba: primeramente un impulso de admiración al ver cómo Ann hacía algo (comer, hacer el amor, hablar o incluso estar de pie o andar); después, un periodo de captación mimética hasta que se relajaba ante alguna forma de placer; finalmente un estado de gratitud rayano (al principio no podía entenderlo, pero así ocurría) con un escrupuloso resentimiento. Aunque se sentía agradecido hacia ella por enseñarle, aun aprobando el que ella lo hubiera experimentado antes que él (¿cómo habría aprendido él si no?), luchaba a veces contra una residual y nerviosa sensación de vejección porque Ann había llegado a eso antes. Después de todo, era siete años mayor que ella. En la cama, por ejemplo, su confianza y naturalidad parecían poner de relieve (en forma de crítica o casi de burla) su cauta y embotada torpeza. «Oye, para, espérame», pensaba; y otras veces, con más resentimiento «¿Por qué no aprendiste esto *conmigo!*».

Ann era consciente de ello —hizo que Graham se lo contara tan pronto como lo notó—, pero no parecía representar una amenaza. Seguramente el hablar del tema haría que se desvaneciera. Además, había muchos campos sobre los que Graham sabía mucho más.

Para ella, la historia era una biblioteca llena de libros cerrados. Las noticias carecían de interés porque eran inevitables, no se podía influir sobre ellas. La política le aburría, a excepción de la pequeña tensión de jugador que sentía en el momento en que se publicaban los presupuestos, o la tensión algo más fuerte durante las elecciones generales. Sabía los nombres de los ministros más importantes, aunque normalmente eran los del gobierno anterior.

Le gustaba viajar, a lo que Graham casi había renunciado totalmente (era otra actividad que principalmente tenía lugar en medio de sus orejas). Le gustaba el arte moderno

y la música antigua; odiaba los deportes e ir de tiendas; le gustaba la comida y la lectura.

Graham opinaba que estas preferencias eran razonables, y que podrían congeniar con las suyas. A ella le había gustado el cine —por algo había interpretado pequeños papeles en algunas películas—, pero ya no le interesaba, lo que para Graham era perfecto.

Cuando le conoció, Ann no estaba buscando pareja.

—Tengo treinta y un años —había contestado a un tío suyo que preguntaba inquieto por la desnudez del dedo anular de su mano izquierda—, no estoy a disposición de nadie, ni busco a nadie.

Ya no esperaba encontrar en cada fiesta o en cada cena al compañero perfecto, ni siquiera al adecuado. Además, ya distinguía la cómica y desconcertante disparidad que se da entre intenciones y resultados. Esperas un *affaire* corto, casi sin contacto, y justo empieza a caerte bien su madre; te parecía un tipo bueno pero poco apasionado y descubres un diamantino egoísmo detrás de su modesta actitud de servir copas. Aún no se consideraba desilusionada o (como algunos de sus amigos la veían) desafortunada; simplemente se consideraba más sabia que cuando empezó. Hasta el momento, pensaba, teniendo en cuenta los complicados *ménages a trois*, los llorados abortos y las degradantes relaciones en que se habían metido algunos amigos suyos, no había salido demasiado mal parada.

A favor de Graham estaba el no ser particularmente guapo; Ann encontraba que le hacía parecer más auténtico. El que estuviera casado o no era un elemento neutral. Las amigas de Ann decretaron que una vez que cumplies los treinta, los hombres que conoces (a no ser que te dediques a violar impúberes) son o bien homosexuales o bien casados, o bien psicóticos, y de estos tres el tipo casado es obviamente el mejor. Sheila, la mejor amiga de Ann, mantenía la teoría de que en cualquier caso es preferible un hombre casado porque huele mejor, sus esposas les llevan los trajes

al tinte. Mientras que la chaqueta del soltero, decía, apesataba a tabaco y a axila. El primer *affaire* de Ann con un hombre casado le afectó mucho; pensaba que se comportaba, si no exactamente como una ladrona, al menos como un criminal de guante blanco. Pero esta sensación no duró mucho, y ahora pensaba que si los matrimonios iban mal, no era culpa suya, ¿verdad? Si los hombres engañaban a sus mujeres, era porque querían hacerlo. Si adoptabas una posición de principio, hombro a hombro con la esposa, no cambiaría nada las cosas. No obtendrías agradecimiento alguno por tu abnegada renuncia; el marido se iría con una fulana y la esposa no se enteraría nunca de tu apoyo silencioso. Así, cuando comió por primera vez con Graham y reparó en su alianza pensó solamente: Bien, esto me evita esa pregunta. Es difícil tener que hacer ciertas preguntas. A veces creen que quieres que mientan, lo hacen, y entonces te ves obligada a hacer comentarios sarcásticos innecesarios como «Debes planchar estupendamente».

Al final de lo que resultó ser un almuerzo de intercambio de información, Graham se inclinó hacia ella y el nerviosismo le impidió puntuar correctamente las dos frases que dijo:

—Querrás salir de nuevo a comer conmigo estoy casado dicho sea de paso.

Ella sonrió y simplemente contestó:

—Sí, querré. Gracias por advertirme.

Después de la segunda comida, en la que bebieron un poco más, él la ayudó a ponerse el abrigo con mayor cuidado, estirándolo por el hombro como si se hubiera arrugado. Cuando Ann contó a Sheila que éste era todo el contacto físico que habían tenido después de tres encuentros, su amiga comentó:

—Quizá, además de casado, sea invertido. —A lo que Ann contestó:

—No importa.

Y no importaba, o más bien no habría importado, pensó. Pero descubrió, tras un lapso de tiempo anticuadamente casto (y tras hacer tantas señales que habría hecho cambiar de rumbo a un barco de guerra), que Graham no era homosexual. Al principio, parecían hacer el amor como por cumplir una obligación social; pero poco a poco fueron haciéndolo con una frecuencia normal y por los motivos normales. Después de tres meses Graham se inventó una conferencia en Nottingham y pasaron el fin de semana conduciendo a través de balnearios ennegrecidos por el humo e inesperados páramos bordeados por paredes de piedra.

Ambos, cada uno por su lado, estaban preocupados por lo que pudiera pasar si Barbara telefoneaba al hotel y descubría que la señora de Graham Hendrick ya estaba registrada. Decidieron, cada uno por su lado, que la próxima vez tendrían que ser dos habitaciones distintas registradas a sus respectivos nombres.

A Ann le sorprendió el pavoroso descubrimiento de que se había enamorado de Graham. No parecía en absoluto el posible candidato: era impaciente, y desordenado, y daba golpes a las patas de las mesas de los restaurantes cuando se levantaba para marcharse; en cambio, los hombres que hasta entonces había amado eran pausados y relajados. Graham era también lo que ella entendía por un intelectual; aunque pronto se dio cuenta de que no le gustaba hablar de su trabajo y parecía interesarse mucho más por el suyo. Al principio, su aspecto al colocarse las gafas para hojear una edición especial *prêt-à-porter* de la revista *Vogue* le resultó cómico y vagamente amenazador; pero como, por su parte, él no mostró deseo alguno de que le acompañara a la hemeroteca de Colindale para ayudarle a recopilar datos sobre huelgas y manifestaciones de entreguerras, comenzó a dejar de preocuparse.

Se sentía al mismo tiempo mayor y más joven que él. A veces le compadecía por la estrechez de miras de su vida pasada; otras se intimidaba pensando que nunca sabría

tantas cosas como Graham, y que nunca sería capaz de discutir con la precisión y la lógica que percibía en él. En algunas ocasiones, tumbada en la cama, se ponía a pensar en su cerebro. ¿En qué se distinguía lo que había debajo de esa capa de pelo gris de lo que ella cubría con sus cabellos esculpidos, moldeados y rubios (ligeramente teñidos)? Si de verdad fuera neurocirujano, quizá habría podido decírselo.

Cuando el romance ya hacía seis meses que duraba se hizo necesario decírselo a Barbara. No por ella sino por ellos: estaban arriesgando demasiado; era mejor contárselo cuando quisieran que verse obligados a confesar tras un periodo de sospechas, doloroso para ella, que les haría sentirse culpables. También sería más limpio y más fácil para Barbara, se dijeron a sí mismos. Además, Graham odiaba tener que ir al cuarto de baño cada vez que quería mirar la foto de Ann.

Fracasó dos veces en el intento. La primera porque Barbara estaba en uno de sus días simpáticos y no podía soportar herirla, y la segunda porque estaba muy hostil y no quería que pensara que le hablaba de Ann por venganza. Quería que su declaración fuese inequívoca.

Al final sólo pudo hacerlo de la forma más cobarde: se pasó la noche entera con Ann. No lo planearon, pero se quedaron dormidos después de hacer el amor, y cuando Ann le despertó con una palmada asustada, de repente pensó: ¿Por qué he de hacerlo? ¿Por qué he de conducir a través del frío para acostarme junto a una esposa a la que no quiero? Y en vez de eso se dio la vuelta y permitió que el sueño, moralmente neutro, forzara su declaración.

Para cuando llegó a casa, Alice ya debía estar en el colegio, pero estaba allí todavía.

—Papá, puedo ir al colegio hoy, ¿no?

Graham odiaba los momentos como aquél. Se volvió hacia Barbara, consciente de que nunca la volvería a ver de aquella forma, inalterada e inalterable como apareció: con